

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

**DELSOL, CHANTAL; *POPULISMOS. UNA DEFENSA DE LO INDEFENDIBLE*;
BUENOS AIRES; ARIEL; 2015**

por Ileana Paz Minutella

Licenciada en Ciencia Política

Magister en Relaciones Internacionales

El libro de la filósofa francesa Chantal Delsol aborda el fenómeno del populismo europeo contemporáneo desde una perspectiva histórico- filosófica. Delsol es Miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, profesora de la Universidad de Marne-la-Vallée, directora del Instituto de investigación Hannah Arendt y miembro de la Academia Católica de Francia. Ha escrito varios libros de filosofía y algunas novelas, es columnista del diario Le Figaro y dirige la colección de filosofía y política de Editions du Cerf.

Populismos. Una defensa de lo indefendible se publicó por primera vez en Argentina en noviembre de 2015, en medio de un renovado interés por este fenómeno a nivel editorial. El libro bucea en la historia de la democracia y la demagogia griegas en busca de claves que permitan comprender los movimientos populistas de la Europa contemporánea (como los liderados por Silvio Berlusconi en Italia, Jean-Marie Le Pen en Francia, Jörg Heider en Austria o los hermanos Kaczynski en Polonia) y desentrañar aquello que se esconde detrás del empleo del término “populismo” como insulto.

Delsol afirma que las democracias europeas utilizan hoy el término “populismo” como un insulto para referirse a movimientos de gente idiota o tonta. A lo largo del libro, la autora muestra que ello es producto, por un lado, de una superposición de sentidos entre el “*idiotes*” antiguo y el “idiota” moderno y, por otro, de la intención por parte de las élites de disimular su menosprecio por el pluralismo que demandan los movimientos que desafían su discurso hegemónico.

La dicotomía idiota - ciudadano

La autora recurre a la historia de la democracia y la demagogia griegas para recuperar la diferencia entre el *idiotes* y el ciudadano. En sus orígenes, esta palabra designaba a quien no lograba contemplar el mundo más que desde su situación particular y la del pequeño grupo al que pertenecía. El ciudadano, por el contrario, era capaz de contemplar a las cuestiones de su ciudad desde un punto de vista más amplio y menos subjetivo para buscar el bien común junto a

otros. Estos eran *los distinguidos*, un selecto grupo de gente educada que se suponía no sólo competente sino moralmente y capaz de buscar el *logos*, esa verdad todavía no hallada cuya búsqueda demandaba un diálogo y un debate constantes en el ámbito político. El resto de la población, *los numerosos*, eran por definición superiores en cantidad pero se los consideraba inferiores por cuanto no eran capaces de superar sus situaciones particulares en inmediatas para alcanzar visiones de conjunto y de largo plazo a causa de su pobreza e ignorancia. La degradación de la vida cívica que siguió a la ampliación del estatus de ciudadano a individuos sin educación desde finales del siglo V y la extensión de la demagogia en las ciudades griegas vino a reforzar esta impresión. Del Sol ubica en esta primera distinción entre la masa inculta y la élite educada el germen del enfrentamiento que protagonizará el populismo europeo.

Si la democracia descansa en la capacidad de los hombres para reflexionar sobre el bien común, no es extraño que los filósofos griegos reprocharan al *idiotas* el no hacer uso de su razón, facultad común a todos los hombres. Los demagogos eran reprobados por avivar las pasiones del pueblo y opusieran la satisfacción de los deseos particulares del presente a los intereses sociales de más largo alcance, algo éticamente condenable y, al mismo tiempo, una amenaza para la democracia. Este reproche persiste en las democracias europeas actuales con respecto a los movimientos populistas.

Una reacción a la ideología dominante

Los griegos concebían la razón como un esfuerzo constante por inquirir e indagar la verdad tratando de escapar a las certezas y los prejuicios. Con el Iluminismo, en cambio, pasaría a ser una posibilidad real que el conocimiento humano tiene de alcanzar la verdad y emancipar al hombre de la ignorancia, la superstición y la tiranía. Es la Razón con mayúsculas. En este punto “*La razón griega, que era una de las piezas fundamentales de una antropología, se ha convertido, en la época moderna, en una ideología.*” (p. 40) y ello cambia la concepción de lo que es un ciudadano. Si en la antigüedad para serlo bastaba con ser capaz de reflexionar sobre el bien común en cuanto miembro de un grupo humano más que el propio grupo de pertenencia, en la modernidad es necesario aceptar la verdad universal al que la voluntad general arriba con su razón.

Según Delsol, el populismo europeo expresa actualmente una reacción contra la “*ideología emancipadora*” (p. 74) basada en esta concepción universalista del hombre, que en su afán de reconocer y defender su libertad e igualdad absolutas termina despojándolo de las coordenadas de tiempo y espacio en las que vive. La diversidad de sus circunstancias se vuelve un dato irrelevante y sus costumbres son vistas como prejuicios. El populista, equivalente al *idiotas* contemporáneo, reacciona rechazando los sistemas basados en generalizaciones que no

dan cuenta de su existencia real ni las coordenadas geográficas y culturales en las cuales desarrolla su vida y sus vínculos de solidaridad. Por el contrario, la élite no precisa de estos vínculos de solidaridad por participar directamente de los círculos de poder. Ella es heredera de la Ilustración y defensora de la emancipación además de individualista y declaradamente cosmopolita. *“El ciudadano contemporáneo es un individuo cuyo interés particular resulta preponderante y al mismo tiempo un ciudadano del mundo”* (p.170). En este sentido, los populismos representan una crítica de base al individualismo moderno y una defensa de los valores comunitarios y los lazos de solidaridad directa entre personas o grupos. Valoran la identidad nacional y desconfían de los procesos de integración regional que les presentan fronteras difusas y permeables a la inmigración, así como de la globalización que tiende a borrar las particularidades y amplía su sensación de desarraigo.

En el sentido ascendente que subyace en la concepción occidental del tiempo, el populismo que hoy defiende el arraigo en su propia patria es considerado un retrasado en sentido histórico, lo que refuerza la visión negativa que pesa sobre él. A la emancipación posmoderna, parte del movimiento populista contrapone una férrea defensa del arraigo que la élite interpreta como egoísmo.

“La clase popular tiene la sensación de que la élite ha llevado demasiado lejos la emancipación, desde todos los puntos de vista y en el sentido de una indiferencia hacia los principios y las costumbres de los grupos restringidos. Por eso se irrita y por eso se convierte en un adversario para la élite. La élite no responde mediante argumentos, sino con desconsideración: describe al particular como un rematado idiota, con el fin de camuflar su estatus de enemigo ideológico. Dice que no entiende nada, pero sólo para no tener que argumentar contra su opinión inoportuna.” (p. 14)

En la Europa posmoderna, los valores comunitarios han cedido la primacía al individuo y el mundo como valores absolutos y, en consecuencia, lo privado y lo universal prevalecen hoy sobre ellos. Los populistas, por su parte, desean fortalecer o preservar la colectividad que se encuentra en el medio de estos dos polos, en lo que aparece como una expresión actualizada del particularismo de los *idiotes* antiguos. Sin embargo, los *idiotes* contemporáneos no son exactamente como los *idiotes* antiguos porque no son egoístas que sólo tienen en cuenta sus circunstancias, pero tampoco son capaces de adoptar un punto de vista global como se pide a los ciudadanos contemporáneos. El demagogo es un jefe político que de buena gana presta oídos a individuos egoístas, incapaces de considerar otra cosa que su interés propio, mientras que el populista recoge las inquietudes de individuos con valores comunitarios profundamente

arraigados. Por ello, calificar a los líderes populistas como demagogos es una forma de desacreditarlos sin más trámite.

El archienemigo de la democracia

El populismo representa además un desvío de la democracia representativa como sistema racional-legal. La complejidad de sus mecanismos institucionales y a creciente distancia entre representantes y representados corroe su legitimidad y reactualiza la ruptura entre el pueblo y la élite. Esto explica el rechazo de la representación y la búsqueda de figuras más o menos carismáticas, proclives a actuación más abierta y directa, que buscan la complicidad del pueblo para llegar al poder apelando a argumentos emocionales más que racionales. *“El carácter inquietante del populismo procede del poder que la muchedumbre puede conceder a sus cabecillas: el poder legítimo y a la vez legal”* (p. 41). Delsol lo considera una especie de *“secuestro del poder legal”* ya que se apoyan en la soberanía popular para llegar al poder e ir precisamente contra sus representantes pervirtiendo la democracia.

El desvanecimiento de las diferencias ideológicas entre los partidos europeos es otro de los factores de descontento en el que abrevan los líderes populistas europeos. La falta de alternativas reales y los acuerdos entre partidos provocan la indignación en parte del electorado que no encuentra representación. Los movimientos populistas reclaman a las democracias actuales la puesta en juego de un verdadero pluralismo que les permita regresar a un escenario político del que se sienten excluidos. El lenguaje de la corrección política utilizado por la élite más que una regla de ética ciudadana les parece una hipocresía, una *“neolengua tendente a disimular los pensamientos considerados a la vez legítimos e inconfesables”* (p. 64). Como contracara, el discurso populista se presume de llamar a las cosas por su nombre y utilizar un lenguaje directo, que puede ser chocante y hasta violento, y que escandaliza a la opinión occidental que lo considera una muestra de incivilidad. *“En el contexto democrático posmoderno, el populista es un maleducado: no sigue las reglas consensuadas de convivencia.”* (p. 65).

Razones para una defensa

Ante la perplejidad que muchos intelectuales experimentan frente a estos movimientos en Europa, la autora busca entender la lógica que los hermana y la advertencia que representan para las democracias actuales que los desprecian y utilizan la calificación *“populista”* como insulto. Delsol atribuye este fenómeno a la reticencia de la opinión dominante para aceptar una verdadera democracia en el espacio europeo y considerar como verdaderas opiniones ciertos

juicios emitidos por el pueblo, admitiendo el debate únicamente entre los partidarios de la emancipación. Ante la imposibilidad de ejercer una interdicción sobre estos partidos las democracias europeas empujan los empujan al ostracismo mediante el insulto, algo que Delsol denuncia como una hipocresía.

“Lo que hay que ver es que las corrientes populistas privadas de teorías (y, por tanto, infinitamente fluctuantes) no están desprovistas de ideas sobre el destino común, sobre la manera de organizar la sociedad. (...) En otros términos: sus electores son idiotas en el sentido griego, pero no son idiotas. Son idiotas porque proyectan en el mundo una mirada fundada en la particularidad, en la identidad y el florecimiento de los grupos humanos, desde la familia a la patria. No son idiotas porque no se puede asimilar su visión de las cosas a una sencilla defensa de lo que es, a una negativa a las normas, a un triunfo de la realidad cruda, por falta de impulso, o por incapacidad de proyecto. (p. 124)”

El libro se presenta desde el título como una defensa de un fenómeno que es objeto de rechazo y desagrado en ciertos sectores de la sociedad al que ven como una amenaza a la democracia. Delsol discute el tratamiento despectivo dado en Europa al populismo y del término “populista” como insulto. La acepción peyorativa aparece recientemente, a principios del siglo XXI, cuando el movimiento emancipador pierde el apoyo popular, que ya no adhiere a los partidos de izquierda que, de acuerdo con Delsol, ven en ello una traición del pueblo a hacia sus defensores históricos.

La autora comparte en gran medida el desagrado que pesa sobre los movimientos populistas a los que reprocha el hecho de representar un desvío de la democracia y una especie de retraso histórico ¿Por qué, entonces, ensayar una defensa? La razón fundamental es que los movimientos populistas remiten a lo que Delsol llama “exigencias fundacionales” (p.15), es decir, la necesidad de las sociedades posmodernas de conciliar sus valores universales con las limitaciones y las realidades que les presenta el arraigo.

El libro de Delsol no es un libro para eruditos, sus razonamientos están suficientemente desarrollados y expresados en un lenguaje que los hace fácil de seguir. Aparte de esto, si bien se dedica a un fenómeno muy estudiado por disciplinas como la historia, la sociología y la ciencia política, el libro de Delsol merece ser leído al menos por dos razones. La primera es que aporta una perspectiva distinta, de largo plazo, y con un fuerte componente filosófico que impide que el análisis se fragmente buscando dar cuenta de las diferencias que caracterizan a los movimientos en los distintos países. Como contrapartida se puede señalar que las dicotomías

ciudadano- *idotes*, democracia- demagogia, élite- sectores populares, etc., que articulan gran parte del libro y son útiles para explicar algunas características, a veces resultan excesivamente simplificadoras de una realidad que presenta muchos matices. La segunda razón a su favor es que al dedicarse al ámbito exclusivamente europeo acerca una reflexión de realidades menos frecuentemente estudiadas en el ámbito latinoamericano.